

# **El beato Contardo Ferrini, sabio humanista, romanista y santo**

**Escribe: JULIAN MOTTA SALAS**

Nació Contardo Ferrini en Módena el año 1859. Estudió en la Universidad de Pavía y esta le otorgó el diploma de doctor en Derecho con una tesis sobre la utilidad que la Historia del Derecho puede derivar de los poemas de Homero y Hesíodo. Como con ese grado hubiese ganado el joven doctor una beca para estudiar en cualquiera universidad extranjera escogió la de Berlín y, habiendo pasado los Alpes en 1880, empezó estudios profundos de Derecho en esa célebre Universidad, ayudados con una aguda inteligencia y con el conocimiento para sus pocos años del griego y del latín, indispensables para cualquier disciplina del pensamiento, ora en las letras, en las ciencias, ora en los estudios del Derecho.

Si grande era el medio intelectual para los estudios jurídicos y para toda otra suerte de torneos del pensamiento, no lo era en modo alguno por el ambiente filosófico que venía desde el siglo XVIII con las censurables y peligrosas doctrinas sostenidas por los enciclopedistas y, ya en el siglo XIX, por los filósofos iluministas, por el luteranismo, por la impiedad de Bismarck, el llamado canciller de hierro, perseguidor de la Iglesia Católica, y por la soberbia de quienes pretendían jactanciosamente dominar al mundo con la doctrina de la raza que exaltaría en este siglo XX, Hitler, con la segunda guerra universal, al iniciar y ejecutar la mayor matanza que recuerda la historia de todos los pueblos de la tierra que, en esos años palidecieron de espanto al tener noticia, por lo menos, de la incineración de seis y medio millones de judíos en los hornos de cremación que horrendamente funcionaban todos los días en Polonia, Croacia, Alemania y otras naciones según lo refieren, con cifras irrefutables, los archivos de Varsovia, de Zagabria, etc. Ese ambiente filosófico anterior y coetáneo con la segunda guerra universal, fue principalmente el de las sociedades secretas, el del infeliz apóstata Vicente Gioberti que murió en París, víctima de un ataque de apoplejía, en la noche del 25 al 26 de octubre de 1851, "tras horas interminables que agitaron su espíritu con visiones pavorosas, conforme advirtieron los que lo asistían", según lo refiere el sabio humanista, crítico e historiador de la literatura española, filólogo, gramático y académico, R. P. Rodolfo M. Ragucci, S. D. B., en su admirable obra ti-

tulada: *La amistad de dos grandes, el Padre Santo Pío IX y San Juan Bosco*. Era la época de los cobardes de esos días y la del temple moral y científico de hombres de pensamiento y santidad tales como Contardo Ferrini, helenista, latinista, hebraísta y romanista de los más eminentes de Europa y santo que subió a los altares con su levita de doctor de varias universidades, beatificado el 6 de abril de 1947 por Su Santidad el Papa Pío XII.

Era el tiempo en que “en el mundo filológico —dice el ilustre amigo y ponderado maestro, R. P. Félix Antonio Wilches, O. F. M.— cinco grandes figuras iluminaban el campo de los estudios clásicos: Eduardo Zeller, el incomparable historiador de la filosofía griega; Teodoro Mommsen, el historiador de Roma y su derecho público; Federico Nietzsche, imagen de la grandeza de los antiguos sofistas griegos; Erwin Rohde, historiador del culto de los muertos y de la fe en la inmortalidad entre los griegos y Uldarico von Wilamowitz Moellendorff, conocedor sin par de la literatura griega y de la antigua concepción del hombre y del Estado”.

Acababa de regresar Ferrini de Alemania al suelo nativo en 1881 y ya le escribía a su amigo Vittorio Mapelli de “los que se hallaban lejos y en ayunas” —*da quel convito di paradiso lontani e digiuni*— “de aquel banquete del paraíso” que es la Sagrada Eucaristía, el pan de los ángeles. Era porque estaba forjando en el convivio divino su alma grande y sus gloriosos pensamientos y fue entonces cuando se encontró con Alfredo Pernice, empeñado en la investigación crítica de las *Pandectas*, y con los discípulos de este llamados Otto Gradenwitz, colaborador de Mommsen, con Salvador Riccobono, gloria del Derecho Romano, quien a pesar de sus 66 años, fue astro de primera magnitud en la ciencia romanística, lo mismo que el segundo maestro de Ferrini, llamado Zacarías von Lingenthal, uno de sus guías en las investigaciones del Derecho Romano clásico y del Derecho bizantino.

Habíanse llevado ya al cabo los estudios de Federico Carlos von Savigny, fundador de la “escuela histórica” en la ciencia jurídica moderna con las grandes obras que publicó y le sirvieron a Ferrini para su *Derecho Penal Romano*, elaborado en cuatro años y que mereció el encomio de Mommsen, al mismo tiempo que escribía la *Paráfrasis de Teófilo*, traducida del texto griego cuando apenas tenía 26 años de edad, y otros libros insignes publicados después de su prematura muerte, tales como el *Libro sirorromano* y *El Tripucito*, en colaboración con Juan Mercati, miembro del Sacro Colegio Cardenalicio cuando este tuvo la fortuna de asistir a la beatificación de su ilustre compañero.

“También publicó Ferrini con cuidado —dice el P. Wilches— el texto y la versión de la *Constitución de Atenas, según Aristóteles*, poco después del descubrimiento del famoso papiro 131, propiedad del Museo Británico. Inició una nueva edición de los libros *Basílicos* mediante un trabajo muy difícil, descifrando un palimpsesto hallado por el actual Cardenal Prefecto de la Biblioteca Vaticana, S. Em. Juan Mercati. Escribió un pequeño *Manual para la historia de las fuentes y de los jurisconsultos*, lleno de sagacidad e insinuaciones personales. Pero con especial cuidado quiso res-

tituir las fuentes del libro fundamental para la enseñanza del derecho romano: *Las Instituciones de Justiniano*. La magistral palingenesis de las instituciones es un modelo de paciencia y dominio de la doctrina y del estilo de los grandes jurisconsultos clásicos. Ningún romanista podrá creerse hoy verdaderamente informado sin conocer y asimilar este trabajo importante. Con este estudio tuvo Ferrini el deseo de iniciar a los estudiosos de las Instituciones en el examen crítico de las fuentes romanas. Si la obra de Gayo es el instrumento providencial para fijar el conocimiento del derecho clásico, la palingenesis de Ferrini de *Las Instituciones de Justiniano* es su complemento necesario. Muy extraño es que nadie haya promovido entre los estudiosos una publicación mayor de esta obra fundamental”.

A la par que iba investigando y escribiendo Ferrini grandezas sobre la ciencia del Derecho, le acogían las más célebres universidades como la de Florencia y la de Mesina, en Sicilia esta última. La de Pavía, después de algún tiempo de ausencia de Ferrini, fundó la cátedra de “Exégesis (1) de las fuentes del Derecho Romano” y se la encomendó a su antiguo alumno, el cual explicó también en ella la *Historia del Derecho Penal Romano*. Nombrado, en virtud de concurso en que ganó el primer puesto el año 1885, profesor extraordinario de aquella cátedra, pasó luego a la Universidad de Mesina como profesor de Derecho Romano. Mas como estuviese ansioso de acercarse a su familia se trasladó a Módena, en cuya Universidad permaneció hasta el año 1888; pero pedido por la de Pavía ocupó en esta la cátedra de *Pandectas*, a pesar de que aquella Universidad no quería que de sus claustros se retirase tan sabio profesor. Con lo cual, sin embargo y pasados siete años, volvió a su amada Universidad de Módena, en la cual fue recibido con júbilo por su rector, que exclamó: “Nos alegramos de dar la bienvenida al compañero que, si en otro tiempo fue alumno de esta Universidad, torna a nosotros por celebrado maestro”.

Bien habría ambicionado enseñar en Roma como centro más amplio para sus investigaciones científicas, pero no lo quería en modo alguno, pues recordaba que la Ciudad Eterna había sido arrebatada a los Papas y ese hecho le llenaba de justa indignación. De ahí que se hallase a su sabor en Pavía, donde a la vez que se entregaba al estudio, a su cátedra y a la investigación de las fuentes del Derecho Romano, vacaba no pocas veces a la contemplación de los encantos de la naturaleza, como hacía el príncipe de los líricos del Lacio que se retiraba de la vida ciudadana y de los placeres de Roma porque le placía sobremanera la vida campesina que alababa en sus odas, ya cantando su quinta de Tívoli, o aquella vieja ciudad de la Calabria en el extremo de la península italiana que aún era la Magna Grecia, o recordando que pasa la juventud como un sueño y que ya vendrá la muerte cubierta de sombras la cabeza, como decía Tíbulo —*iam veniet mors tenebris adoperta caput*— y otras cosas en que no pen-

---

(1) *Exégesis*, dicen otros. Mas yo me rijo por las leyes de la cantidad de las voces griegas y ya le dije un día a la Real Academia Española que cometió una gran inconsecuencia al autorizar que se pronuncie *exegéta* en el artículo siguiente a aquel en que escribió *exégesis*. Ya lo enmendará la Academia en la próxima 19ª edición de su Diccionario por las razones que expuse y que continúan vigentes.

saba Horacio porque no había llegado aún *la luz que ilumina a todo hombre que viene a este mundo*, pero sí Ferrini porque tenía sus únicos amores en el divino de la Eucaristía y en el cultivo de las artes y las ciencias clásicas.

*Tibur Argaeo positum colono*

*Sit meae sedes utinam senectae.* (Hor. Carm, II, ode VI).

*Ille terrarum mihi praeter omnes*

*Angulus ridet* ..... (Carm. II, ode VI).

*Fugit retro*

*Levis iuventas et decor...*

*Aequa lege necessitas*

*Sortitur insignes et imos;*

*Omne capax movet urna nomen.* (Hor, Carm. III, 14-16, ode I).

*Pulvis et umbra sumus.*

*Quis scit an adiciant hodiernae crastina sumae*

*¿Tempora Dii Superi?* (Hor, Carm. Lib. IV odarum, VII, 16-18).

*Sed improvisa lethi*

*Vis rapio rapietque gentes.* (Id. Carm. Lib. II, ode XIII, 19-20).

También gozaba Ferrini, como buen alpinista, contemplando las montañas, los glaciares y las fuentes y, no obstante la nostalgia que tenía de su Universidad, escribía desde su retiro de Suni, al cual iba en veces: "A los pocos días de estar inclinado sobre los libros siento la necesidad de erguirme y entonces escapo a la montaña y recorro las libres cimas, olvidando gustoso cátedra y libros".

Y no podía menos de recordar los pasados días juveniles en el ambiente goliardesco de las universidades europeas en que los estudiantes estaban tan conformes por sus hábitos y costumbres con los de su tiempo, que los pintan exactamente: "*Animal inquietum omnis rumpens*". Y así los exhibía uno de los alumnos de la Universidad de Pavía, en que daba sus lecciones Ferrini, al decir: "Estaba aún difundido en nuestras universidades el espíritu goliárdico constituido de epicureísmo ligero y fácil: *gaudeamus igitur iuvenes dum sumus*, y de abandono rebelde e iconoclasta. No resultaba, por tanto, extraño imaginar el oasis espiritual que en aquel desierto representaba el ejemplo vivo y elocuente de un hombre como Contardo Ferrini, rodeado de la doble aureola de la ciencia y la santidad. Hablaba a los estudiantes de la Universidad de Pavía del fervor religioso de Ferrini como de un fenómeno, de algo singular, incomprendible para muchos de ellos, pero que todos, aun los más refractarios a las sugerencias y emociones de ese género sentían y declaraban merecedor del más profundo respeto. Se sabía que el ilustre romanista permanecía largo tiempo absorto en sus visitas al Santísimo Sacramento Eucarístico, tal como arrebatado en éxtasis y lejos de todo el mundo exterior. Mas no faltaban discípulos incrédulos y escépticos que traspasaban los umbrales del templo

movidos por la curiosidad para ver a su profesor en un humilde banco que se transformaba en otra cátedra más fecunda y saludable. Con lo que partían de allí, si no convertidos, por lo menos afectados en su indiferencia o en su incredulidad”.

No obstante aquel ambiente de indisciplina y libertinaje no faltaban irrespetos al catedrático creyente y se dijo que hasta Eduardo Gemelli era uno de los que asistían a la cátedra de Ferrini “para sonreír ante aquel profesor que en los días del positivismo triunfante aún creía en Dios”. Ni era raro ver a un estudiante que, en son de burlarse del profesor, iba tras él, los brazos cruzados sobre el pecho, con un aire entre beatífico y socarrón cual si fuese musitando oraciones, u oír el portazo que daba algún estudiante como para llamar la atención y suscitar la algazara y el vocear de sus compañeros para que perdiese la calma y la paciencia el profesor, y cierto día hubo en que se presentó un mozo tan desvergonzado que trocó en la lista de los alumnos el apellido de uno de sus compañeros en un nombre grosero con el intento de que hubiese bulla, zambra y chirigotas; y otro día declararon la huelga para que saliesen los estudiantes y no volviese más el profesor. Pero fue tal la paciencia y urbanidad de Ferrini, y su actitud tan gallarda, noble y edificante, que los mismos alumnos hubieron de imponer el orden que habían tratado de turbar. Llegó así a triunfar de todos y contra todos aquel insigne maestro “sin que se pudiese decir”, según lo refiere uno de sus antiguos discípulos, “cómo ni por qué era uno de aquellos hombres que con su solo trato y conversación difunden a su alrededor una especie de aire de serenidad y aquietadora paz. Esto explica por qué, a pesar de que su naturaleza fuese tan diversa y casi antagonista de lo que es, generalmente, el temperamento goliárdico, fuese el profesor Ferrini uno de los más estimados, admirados y queridos maestros de la Universidad de Pavía”.

Con traje académico, cubiertas las manos con guantes negros para demostrar respeto a los estudiantes y sentado noblemente en la cátedra daba sus lecciones Contardo, con palabra flúida y elegante y sin afectación, pero con diáfana claridad en la expresión de las ideas. El gran romanista De Francissi, que fue uno de los discípulos de aquel hombre dice que “cuantos tuvieron la fortuna de escuchar las lecciones de Ferrini saben cómo lograba a veces la altura de la obra de arte por la medida, por el equilibrio, por la claridad elegante. Su exposición era serena y sin adornos polémicos, mas sus lecciones no eran una fría exposición del texto o del contexto jurídico; buscaba la razón íntima del sentido de justicia que radica en la conciencia del pueblo, y en sus labios todo el Derecho de Roma cobraba nueva vida, muchas veces capaz de aplicarse a las más enconadas cuestiones actuales”. Parecía ciertamente, como lo recuerda uno de sus alumnos, que todo cuanto decía lo hubiese sabido siempre, como si hubiera vivido en todas las épocas que describía. De esto que podría parecer hipóbole dará testimonio cualquiera que lo haya tratado o haya estudiado con él. “Nos parecía entonces que Triboniano le hubiese hecho confidencias”. Pues era tal su ciencia del Derecho Romano y la aplicación de las doctrinas de este a los problemas del mundo contemporáneo, que otro de sus alumnos afirmaba que “la definición del matrimonio que dio Modestino resultaba la más bella refutación del divorcio en labios de Ferrini”.

En ocasiones pasaba del tono elevado y grandilocuente a una exposición casi familiar, como acaecía en la cátedra de *Exégesis de las Instituciones de Justiniano*, en las cuales llegaba aquel acento a una conversación familiar, en que solía demostrar, según refiere su mejor biógrafo, “no solamente su ciencia y sabiduría, sino también la exquisita gentileza de su espíritu y la indulgente bondad de su corazón”. Servíase en algunos temas de anécdotas y comparaciones para lograr la atención de su auditorio, y cuando advertía que no se le había comprendido volvía a repetir de modo diverso y con mayor claridad lo que había expuesto. Y aun preguntaba si se le había comprendido para aclarar, cuando así se le pedía, lo que explicaba. No se salía del tema y menos aún aludía a los religiosos. Ocupábase su cátedra, pero esta no se reducía a ella solamente, pues también hacía ejercicios y conferencias. Entusiasmábanse los alumnos, suscitábanse vocaciones y era Ferrini imparcial en los exámenes, justo y bueno, con lo cual no se le hacían reclamos, ni el profesor admitía tampoco recomendaciones.

Después de pasados diez años en la cátedra, publicó unas *Observaciones sobre el Digesto*, en las cuales expuso su método docente de este modo: “La experiencia me ha demostrado que se debe mantener en la enseñanza la máxima sencillez de expresión y que la cita continua de escritores, de libros, de controversias menudas y eruditas engendra confusión frecuentemente e impide una clara comprensión de las cosas fundamentales. Por esto se ha ido haciendo mi enseñanza cada vez más clara y metódica”.

Podado el exceso de erudición de los primeros años profesoraes su exposición llegó a tornarse cristalina para “hacer asequible a cualquier inteligencia la comprensión de las doctrinas más arduas”, según dice Bonfante, no obstante que este y Scialoja hicieron algún reparo a aquella clara y metódica exposición. A pesar de lo cual dice Scialoja que la claridad expositiva del maestro “podría llamarse excesiva porque la oscuridad resulta a las veces sugestiva y cuando no nace de vicio del que habla, sino naturalmente de la dificultad misma de las cosas, contribuye a excitar el curioso ingenio de los discípulos más notables. Mas ¡cuántos envidiarían con razón aquel buen defecto de una claridad excesiva!”.

Lo cual no es sino un argumento vicioso que se viene a tierra por su misma endebles y no hay para qué detenerse en refutarlo.

Más sutil es Bonfante y dice que, a pesar de la maravillosa claridad de Ferrini, “su enseñanza calentaba dulcemente, pero no inflamaba” porque no llevó la polémica a la cátedra, ni intentó resolver conflictos entre los hombres y las ideas, y no formó una escuela propiamente dicha, como que engendraba discípulos por las ideas, mas no los hacía nacer en su cátedra. Por lo cual agrega: “En este sentido todos somos sus discípulos”. Esta *dicendi cacoethes*, que yo me atrevería a llamar así, le hace decir a De Francisci respecto de Contardo, que “no trataba de hacer romanistas, sino de formar juristas prácticos para quienes debía ser el Derecho Romano alimento vivo e instrumento para comprender el Derecho vigente”. Que si no formó escuela fue por su extenuadora labor de investigación y por su corta vida, pues los que le conocieron saben el óptimo magisterio de su vida y el dominio que ejercían su inteligencia y generosa voluntad.

Y así Bonfante como Segré reconocen que “si por discípulos entendemos también a cuantos han gozado de la luz intelectual que expande su obra científica, cultivando los mismos y otros campos de estudio; los que han tomado ejemplo de su seriedad y novedad de investigación y método, entonces bien puede decirse, por fortuna, que sus discípulos son una legión numerosa”.

Fueron ellos estimulados por él, recibidos en su casa y adiestrados más en la lectura del *Corpus iuris*, con lo que no es de extrañar que el abogado Albasini, su discípulo y compañero en las excursiones de alpinismo, se expresase de esta suerte del gentil y sabio maestro, docto en la ciencia del Derecho como en la sabiduría de Dios, que es la sola que vale para el tránsito a la eternidad: “Era con nosotros un verdadero padre, tratándonos siempre como en familia y porque parece que incluso en la Universidad trataba con sus amigos”. Tal hombre, ejemplo de sabios y de santos, exhortaba a los alumnos para que siguiesen el camino de la virtud, les llevaba consigo a visitar a Jesús Sacramentado o a la Santísima Virgen en el mes de mayo y aun llevaba a alguno para que se inscribiese en las Conferencias de San Vicente de Paúl. ¡Y tanto que alardean estos mozos de hoy de impiedad, burlándose de las cosas de Dios y sus legítimos ministros, como si no se hubiesen de hallar un día entre las cuatro tablas de un ataúd ante el juicio de Dios que observa manchas aun en sus mismos ángeles! *Qui scrutatur Ierusalem in lucernis.*

Antiguos discípulos acudían a visitarle a Milán, y ya fuese Gino Segré, su discípulo de religión judía; o De Francisci, el romanista insigne, encontraban en aquel hombre al amigo tolerante y generoso. ¡Como que es tolerante y generosa la caridad de Cristo! ¡A De Francisci le había aconsejado Ferrini que no limitase sus estudios solamente a las ciencias jurídicas o a las históricas, pues le decía: “Ten presente que para que la pirámide sea alta ha de ser muy ancha la base”. Orientaba y dirigía a aquellos amigos desde lejos a veces con una generosa benevolencia, y todo esto, agrega De Francisci, “con una suave y afectuosa indulgencia, como si temiese humillar o desanimar al discípulo que a él, por el contrario, le gustaba corregir, estimular y confortar sobre todo en las horas de vacilación y desaliento”.

Era Ferrini para sus viejos alumnos tan talentoso en su ejemplar vida de trato social, como en el magisterio de la cátedra universitaria, pues refiere el mismo De Francisci que “a todos los que dentro y fuera de la Universidad se le acercaban de algún modo se les aparecía como un maestro de vida. La firme y no ostentosa fe que inspiraba cada palabra y que guiaba cada gesto; la constante y rigurosa coherencia entre el pensamiento y la práctica; la valiosa afirmación de su sentimiento católico en un mundo en que parecía debilidad no proclamarse, con grotesca expresión, librepensadores; la serena sencillez de su vida; el amplio y generoso sentido de humanidad; la sed inextinguible de bondad y de verdad; la absoluta dedicación a su deber; el ascético vivir en su trabajo y para un trabajo que solamente interrumpía para orar o para escalar las cimas de los Alpes, como si allá arriba quisiera sentirse más cerca de Dios; toda esta riqueza espiritual fascinaba misteriosamente, no ya a los amigos solamen-

te sino también a los adversarios y le procuraba el amor y respeto de compañeros y discípulos”.

Había querido ese sabio que fuese su cátedra un apostolado y así lo sienta en su *Reglamento de vida*. “Enseñaré con paciencia y celo, procurando ayudar a las almas, a lo menos con internas aspiraciones, lo cual haré siempre que haya de tratar a los demás”. Y como prefiriese los alumnos incrédulos o poco religiosos a los demás, le consultó a su confesor si eso estaba bien o si, por el contrario, era de reprender su actitud. A lo cual le preguntó este la razón de esa preferencia. Y Ferrini contestó:

“Para llevarlos del error a la verdad, si me fuere posible”.

Y el sacerdote que le estaba confesando respondió: “También Nuestro Señor prefería de ese modo a los pecadores”.

Aun cuando parezca extraño que con esas ideas no aludiese Ferrini en su cátedra a temas religiosos, el Cardenal Mercati, colaborador de aquel, dice lo siguiente: “En la cátedra no salía del estricto tema académico y no hablaba de religión. Esto me lo decía él mismo, y añadía que con los estudiantes de nuestro tiempo no se podía hacer otra cosa. Una vez me dijo que en la cátedra solo oportunamente lo hacía cuando la materia ofrecía como por sí misma buenas reflexiones. Estimaba evidentemente que así haría un bien a sus oyentes, o que por lo menos les impresionaría, mientras que de otro modo les alejaría”.

¿Quién había de pensar que ese hombre sabio, de vida interior y abrazado estrechamente a la cruz de Cristo, no hubiese de tener tentaciones? Las tuvo por cierto, como las tuvieron hombres santos y mujeres santísimas como San Alonso Rodríguez, San Francisco de Asís o Santa Catalina de Siena, entre otros muchos, mas triunfó de las tentaciones del Maligno con el auxilio de la gracia de Dios que pedía continuamente en la oración y en el ejercicio de las virtudes cristianas, no se envaneció con la gloria que seguía a un varón insigne por su ciencia y por sus letras y supo triunfar contra la vanidad del mundo y de los hombres.

Miremos ahora algunos aspectos de la vida del Beato Ferrini que harán ver con perspicuidad la altura moral de ese hombre que vivió en un siglo en que la Iglesia Católica fue tan acerbamente combatida por la impiedad declarada.

Era de una viveza extraordinaria en la puericia y apenas a los doce años, cuando le preparaba su tía Sor Benigna para la primera comunión, sobresalía entre sus compañeros por la inteligencia. Una vez que hubo recibido el Pan de los Angeles empezó a dar muestras de su consagración a Dios y de un impulso sobrenatural que, en medio de su exquisita cortesía y de una habitual dulce sonrisa invitaba a la simpatía y a la admiración. Por eso un día en que Ludovico Necchi, otro hombre de vida honestísima, se encontró con el doctor Oggioni, al despedirse de aquel el sabio profesor le dijo: “¿Ves aquel hombre? ¿Qué tiene de especial? ¡Y sin embargo, es un santo!”.

Era tal su vida interior que levantándose muy temprano empezaba su ordinaria meditación, oía la Santa Misa, comulgaba, se acercaba con frecuencia al sacramento de la penitencia, rezaba diariamente el Rosario y no dejaba su lectura espiritual. Y como vivía íntimamente convencido de que, según Vico, el hombre es un ser finito que tiende al infinito, "*ens finitum quod tendit ad infinitum*", hacía todos los días largas visitas al Santísimo Sacramento, el Dios vivo que descendió del cielo, presente, aunque velado, en el Sagrario, y tanto se abstraía en la contemplación y adoración que alguna vez fue necesario tocarle el hombro o llamarlo para que volviese de su arrobo. Era un *apostolado de la oración* con la cual se fortificaba diariamente para el día de la cátedra y sus relaciones humanas con los demás, ya fuese en la vida social o en la familiar.

Tal convencimiento le llevaba a expresarse de este modo: "A quien me reprochare de espíritu tímido y pusilánime le diría yo que solo en la oración recibo fuerza y dignidad, que si tengo un principio de carácter... lo debo a la oración; que si mis estudios llegaron a algo lo debo a las bendiciones de la oración... Y a quien me reprochase de perder el tiempo le diría que por la eficacia consoladora de la oración no lo pierdo en los teatros, en los cafés, en las mil inutilidades de una vida disipada; que la oración me hace amar el recogimiento, la soledad y el trabajo; respondería que si todos orasen y orasen debidamente no solo las condiciones sociales, sino las materiales se beneficiarían mucho. Yo no sabría concebir una vida sin oración; un despertar a la mañana sin hallar la sonrisa de Dios; un reclinar, a la tarde, la cabeza *y no sobre el pecho de Cristo*... Dadme un hombre que profiera de corazón aquellas divinas palabras del Padre Nuestro... y no será posible que no sea un veraz, un leal, un buen ciudadano útil a la familia y a la sociedad, honor de ellas. No se reza así si no se es bueno o si no se tiene el vivísimo deseo de llegar a serlo".

"Nosotros, católicos —le escribía a su amigo Héctor Cappa— que tenemos la fortuna, no por nuestros méritos sino por especial misericordia del Señor, de mantenernos firmes en los principios de la fe, procuremos difundir su reino al menos con el apostolado de la oración y del ejemplo".

"Cosa bella es el apostolado —le decía también a Mapelli— bello igualmente el de la palabra, pero ¿cuál más eficaz que el de la oración? Tengamos por seguro que si la caída de un hermano nos destroza el alma, si nos abrasa, como a Pablo, cualquier escándalo, más desgarrar aún al corazón de Cristo. ¡Oh! La oración con algún secreto holocausto ¿será rechazada por su Corazón?"

Queriendo llegar más adentro Ferrini a aquellas *abdita secreta*, diríamoslo así, del amor que guarda el Corazón de Dios para los que le temen y a El quieren acercarse, quiso estudiar el hebreo con Monseñor Cerriani, director de la Biblioteca Ambrosiana de Milán y doctísimo orientalista que le enseñó no solamente esa lengua, sino el siríaco y las nociones rudimentarias del sánscrito y del copto, y aun fue posible que le iniciase en el caldeo. Con ese bagaje intelectual, además de las lenguas griega y latina de las cuales tenía un sorprendente conocimiento, llegó a profundizar en el Derecho Romano bizantino y siguió el consejo de Monseñor

Ceriani: "No os fiéis de los doctos. Comprobad vosotros; buscad directamente la verdad en las fuentes". Lo que hizo verificando sus investigaciones *in fontibus aquarum* y sacudiendo el polvo de los más vetustos archivos. Fueron así tales los conocimientos que llegó a conservar, que Bonfante aludió a él diciendo: "En gran parte es mérito suyo el que la ciencia romanística italiana ascendiera desde la posición de esclava a la de maestra".

Cuando pasados dos años de estudios en Alemania se despidió Ferrini de Pernice le entregó este su retrato con esta dedicatoria: "Pernice Contardófilo". Y al escribir Voight su *Historia del Derecho Romano* la dedicó al francés D'Arbois de Joubainville, al alemán Otto Müller y a Contardo Ferrini.

Considera Bonfante que es Ferrini "el más fecundo escritor en el campo de nuestros estudios, el más profundo conocedor y el crítico más agudo de las fuentes", de cuya labor de sabio agrega: "La obra científica de Contardo Ferrini está caracterizada por su inmensidad y por su variedad. Ninguno ha abarcado tan ampliamente los infinitos aspectos de esta disciplina del Derecho Romano. Profundizó con severa investigación científica los problemas e hizo obra genial de divulgador que completa su actividad docente. Si en una figura tan armónicamente construída se quiere mostrar una falta, una irregularidad, esta fue su demasiada dedicación a la ciencia, el exceso de trabajo".

¿De dónde ese brío para el trabajo intelectual y para la investigación que le llevaban a encontrar tesoros no descubiertos aún en tan arduas disciplinas? Era el Señor que le inspiraba y le conducía a la ciencia que lleva a Dios, sin el cual no damos sino traspies y nos perdemos en medio del camino de la vida. Por eso decía: "El arte, la ciencia, la naturaleza conducen a Dios; el Espíritu de Dios que habita en el corazón de los justos conduce al amor de toda cosa bella, buena, digna". Y así iluminado su espíritu por el del Creador decía en su *Reglamento de vida*: "Me pondré al trabajo con gran empeño, siempre dispuesto, sin embargo, a interrumpirlo con alegría, por caridad y obediencia. Lo comenzaré y terminaré con la oración". Con esta y con Dios por guía explicaba su hermosa tarea: "Guardémonos de considerar vanidad el aspirar a grandes cosas; esto sería pusilanimidad. ¡Todo lo puedo en Aquel que me conforta! Todavía más. ¿No es cierto que Dios escoge, para las obras grandes, a las cosas despreciables de este mundo, como hubo de decir Pablo: precisamente porque yo no soy nada Dios puede hacer conmigo grandes cosas... y las hará si, mientras tanto, me preparo con el dolor?".

Tal hombre, grande por su ciencia, por sus letras, por su unión con Dios, quería vivir pequeñísimo ante El, *minimus omnium*, pero también se portaba ante los hombres con profunda humildad sin dársele nada por los triunfos que obtenía en los diversos campos del saber, como en el centenario del doctorado en leyes del gran historiador Antonio Ludovico Muratori, en el cual fue tan brillante su intervención que los alumnos pretendieron llevarle en hombros y solamente desistieron cuando observaron que el eminente profesor llegó casi a desmayarse. Pretendieron luego los profesores agasajarle con un banquete, pero no aceptó sino un modesto brindis y días después halló la madre de Ferrini en el fondo de una maleta

la insignia de Caballero de la Corona de Italia, otorgada desde tiempo atrás. Aunque era por demás modesto vestía algunas veces con mayor elegancia, pero luego les decía sonriente a sus sobrinitos: "Aquí tenéis al tío Contardo que se ha hecho rico!".

Cuando llevaba la limosna de caridad a sus pobres en la visita semanal de las Conferencias de San Vicente de Paúl, entraba a los hogares con un traje modestísimo y era tan sencillo y humilde, que desempeñaba las más bajas ocupaciones, como en aquel día en que no cayendo en la cuenta su madre que era su hijo un portento de ciencia y erudición, le dijo: "Anda, Contardo, a la bodega a embotellar el vino". Lo que ejecutó seguidamente el sabio romanista, como lo refiere uno de sus biógrafos, "con la misma complacencia que al descifrar un palimpsesto". Y también le soltaba la señora madre frasecitas como esta: "¡Deja esos benditos libros y anda por leña para preparar el condumio!". Lo que verificaba luego Contardo yendo al monte por leña para cocinar la polenta o la pasta necesarias para el ordinario sustento.

Así era que no se andaba en chiquitas ni con pujos de vanidad o de orgullo, pues bien sabía que la ciencia es hija de la humildad porque mientras más sabe el hombre se convence que es mucho más lo que ignora, por lo cual exclamaba: "¡Es una terrible verdad! Aquella ciencia que podría parecer el camino hacia lo infinito no la percibe, sino que se desvía y delira... El camino de lo infinito es la verdad, la virtud accesible a todos y muy especialmente a quienes nosotros estimamos menos. Trataré de hacerme modelo de mansedumbre, dulzura, caridad y humildad. En esto no me perdonaré una mínima falta; cualquier caída la compensaré redoblando la atención y buscando siempre la ocasión de practicar estas acciones".

Y "¡qué amigo de amigos!", como decía Jorge Manrique de su padre el maestro don Rodrigo. Amigo de Vittorio Mapeññi, a quien dirigió una buena parte de sus cartas; del profesor Westermaier, botánico extraordinario de la Universidad Católica de Friburgo; de Orlando, en la Universidad de Mesina, en cuyos contornos alquilaron una quinta y vivieron vida familiar agradablemente y respetando la ley del ayuno y la abstinencia; de Luis Olivi, catedrático de Derecho Internacional en la Universidad de Módena, hombre erudito y católico sincero que promovió el proceso de beatificación de Ferrini y habiendo ido a declarar por segunda vez ante el Tribunal Episcopal sufrió un ataque de parálisis que le privó de la palabra, a lo cual, invocando toda la protección de Ferrini para que pudiera siquiera recibir los sacramentos, recobró el conocimiento, recibió el Viático y a las dos semanas del ataque pasó a mejor vida el día de Santo Tomás de Aquino de 1911.

Uno de los compañeros de las excursiones alpinas de Ferrini contaba que "se entretenía en amistosa y grata conversación hablando de los encantos de la naturaleza, de los pequeños episodios cómicos de la jornada, del camino andado y aún quedaba por andar, mostrándolo sobre los mapas que siempre llevaba consigo. Reían, bromeaban y Ferrini participaba en todo. Mas si, por acaso, alguien dejaba escapar alguna ingeniosidad poco decente, o una palabra de murmuración o que pudiese ofender de algún

modo a aquella alma pura, se mostraba molesto fruciendo el entrecejo. Era, pues, preciso cortar la conversación; su actitud se imponía a todos”.

Víctor Mapelli decía también que “Ferrini gustaba mucho de entretenerse en las cosas de Dios mostrando el deseo de la vida futura. Intercalaba reflexiones espirituales en sus consideraciones científicas y hasta en las cosas más corrientes de la vida práctica. Lo cual era natural en él y así resultaba su conversación espiritualmente interesante”.

Había dejado escrito en su *Programa de vida*: “Ante todo advirtamos la importancia de hacer fácil nuestra piedad, atenta, atrayente. Incluso hemos de cuidar en las cosas pequeñas esa santa amabilidad que es un verdadero acto de fe. ¡Nunca un saludo sin una sonrisa; nunca un favor pedido que sea rechazado; nunca una entrevista de la que un alma se vaya menos satisfecha...! ¡Y cuánto importa rodear a los buenos con aquella estimación y afecto, con aquella santa amistad que no tiene par en la tierra! ¡Cuánto importa hacer comprender a los malos que no los despreciamos, que no nos consideramos mejores que ellos y hacerles entretener con la más asidua caridad que esperamos tenerles un día a nuestro lado! ¡No sin dolor oímos incluso a personas buenas contar culpas y defectos ajenos. Se lisonjean porque dicen cosas verdaderas y no saben los pobres que divulgan lo que debiera permanecer oculto en sus almas porque revelar una falta desconocida para el que la escucha es abominación a los ojos de Dios...! ¡Pidamos a Dios que nos ayude en esto y que nos dé luz para discernir siempre (cosa no fácil) la maledicencia, incluso cuando se cubre de piedad o parece santo lamento de un alma ante la contemplación del mal!”.

De ahí que hubiese propuesto Ferrini en su *Reglamento de vida*: “Antes de cualquier conversación me encomendaré con un *Ave María*”.

Era el mejor amigo de Ferrini su padre, profesor de física en el Instituto Politécnico de Milán, a donde había pasado el grandioso romanista con el ánimo de vivir con su familia por haber estado largo tiempo ausente de esa ciudad desde sus días de profesor en Mesina, Módena y Pavía. Padre e hijo iban juntos por la mañana a la iglesia, volvían a ella por la tarde después de un paseo, juntos iban a las excursiones campestres, regresaban juntos al hogar, escribían allí cada uno en frente del otro y tan al unísono andaban ambos que no había concertado reloj que así lo estuviese, tal que parecían no padre e hijo, sino dos hermanos.

Por su parte le instaba la madre a contraer matrimonio con alguna de esas muchachas que, sobre ser bonitas, tenían el fin y el don, o sea, dinero y calidad. Andaba ella acuciosa en esta pretensión pintándole a Contardo las calidades de la una o de la otra, y cierto día le habló de cuanto podía adquirir con una u otra, diciéndole: con esta una buena cantidad de dinero, con aquella otro tanto... A lo cual interrumpió a su madre Ferrini diciéndole: “¡Cuántos cadáveres!”. Y como cierto día quisieran comprometerle en un baile con una señorita manifestó Ferrini que declaraba abierta la reunión y les deseaba que se divirtiesen. Iba ya a marcharse cuando la señora de la casa, acongojada y en tono de reproche, le preguntó:

—“¿Por qué no se queda? Todavía hay tiempo para que usted ocupe un puesto y elija esposa”.

—“¿Le parece, señora —contestó Ferrini— que me he hecho merecedor de semejante castigo?”.

Su íntimo amigo Olivi le trató un día el asunto matrimonial diciéndole cómo creía que un hombre debía elegir, o el estado matrimonial, o el eclesiástico. A lo cual respondió Ferrini que sobre eso había hablado con un docto eclesiástico que le había citado el dicho del Evangelio: “*In domo Patris mei mansiones multae*”. “Comprendí luego —dijo Olivi— que su vocación era completamente extraordinaria y especial”. Es decir, la virginidad. Y sobre ella había escrito el Beato Ferrini: “Nada hay tan fecundo en la Iglesia como la virginidad bajo la sombra del espíritu del Señor”. Y acerca de las dificultades para guardarla agregó: “Los protestantes y los racionalistas dicen que es imposible lo que la experiencia de tu gracia, ¡oh Señor!, nos persuade”.

“La virginidad fecunda de María —escribe en el *Programa* citado— es bella imagen de la virginidad católica. Gozosa de la paz de Dios, de la alegría continua de esperanzas inefables, llena de caridad que desearía extenderse hasta la última de las criaturas con el ejemplo, con la oración, con la vida dirigida toda a un apostolado de bien y que a todas partes lleva bendición y salud. Yo no sé qué otra cosa pueda proporcionarnos mayores tesoros de salud que esta guerra gallarda. Alabemos en la tierra al Dios de las vírgenes, escojámosle por esposo de nuestras almas; cantemos el cántico de su gloria porque El vence. ¡Vendrá un día en que entonaremos otro cántico que no todos podrán cantar!”.

Hablaba Ferrini cosas de que se ríen los incrédulos, los hombres vanos y superficiales, pero que alaban y comprenden los sabios. Y como uno de estos últimos había escrito en su *Reglamento de vida*: “Amaré, sobre todo, la santa pureza, encomendándome siempre a María, a San Luis y a San Contardo y manteniendo una gran vigilancia”.

San Contardo. ¡Quizá no esté tan lejano el día en que veamos a Ferrini canonizado por Santo! ¡Por ahora no tendremos que hacer otra cosa que, por desgracia, ofendimos a Dios como la pecadora del Evangelio, que llorar con el auxilio de la gracia que viene de quien es Dios y amigo y hermano! Y de quien está siempre rogando a su Padre por nosotros en el Sagrario con los ruegos y ayuda de su purísima Madre la Virgen sin mancha.

¡Y cuán grande era su caridad con los mendigos, con los clérigos pobres, con los estudiantes necesitados, con cuantos requerían su ayuda que siempre les prodigaba sin que otros se diesen cuenta de sus limosnas! “Amaré, escribía, la santa pobreza y trataré de practicarla con relación a los pobres, viendo alegremente las pérdidas y demás daños, en el vestido, y dando las cosas superfluas”. Grande con todos por razón de su caridad, benevolencia y amor se engrandecía aun más ante Dios hasta con la mortificación del apetito en la mesa. “Durante las comidas, escribía en su *Reglamento*, procuraré siempre alguna mortificación y fijaré antes de ponerme a la mesa la mortificación que habré de hacer ese día. Respecto

al café guardaré gran indiferencia y, pudiendo, no le pondré azúcar. Resistiré a los deseos del azúcar u otras cosas aun cuando me parezcan necesarias, acordándome de que siempre es bueno combatir la gula... Durante las comidas pensaré en Jesucristo bebiendo hiel... para compensarle con alguna mortificación... Al oír desgracias o pecados de los demás pediré inmediatamente por ellos”.

Como era un alpinista apasionado de las cumbres resultaba experto guía en aquellas excursiones que solía hacer gratísimas con los recuerdos de los poetas griegos, latinos y alemanes, a los cuales agregaba un verso bien traído del Dante, de Parini o de Carducci. Ante la majestad de la naturaleza y su imponencia en las montañas no podía menos de escribir entusiasmado: “¡Cuántas veces desde las arduas cimas del Zeda y del Marona he mirado con indefinido placer el inmenso panorama que se extendía a mis pies! ¡Con cuánto agrado he pasado largas horas en los glaciares de Macughana y entre los abetos y las cascadas alpinas! Eran precisamente aquellos panoramas, aquellos abetos, aquellas cándidas cimas enrojecidas al sol naciente; era el blando rayo de la luna, que jugaba en la callada noche, reflejo de la encrespada superficie del lago, los que despertaban poderoso en mí el sentimiento religioso, ideal, y el odio y desprecio para toda falsedad. Si yo fuese poeta habría sido entonces el momento de mi inspiración. El sentimiento de la naturaleza se presentaba evidéntísimo... en la Biblia, es decir, en la literatura del único pueblo verdaderamente idealista... En nuestro corazón y en esos cánticos es la idea de Dios la que suscita nuestra admiración ante la naturaleza y la que anima el espectáculo que estas nos ofrece... Es hermoso sentir desde una cima solitaria del monte el acercarse a Dios y contemplar en la naturaleza indómita y severa la sonrisa perennemente joven de El! El sentimiento de la naturaleza, este precioso dote de las almas privilegiadas debería tener grandísima parte en nuestra educación. Verdaderamente en aquellos contactos con la naturaleza sentimos la proximidad de Dios y contemplamos sus maravillas”.

Pocas veces habrán sido escritas cosas iguales a las que aquí ha dicho Ferrini respecto de las obras de Dios y sus maravillas. ¿Y qué si alzamos los ojos a mirar en lo alto del cielo en una noche azuladamente profunda las estrellas que son como los ojos de Dios que nos están mirando con centellantes parpadeos? Pues los cielos narran la gloria de Dios: *caeli enarrant gloriam Dei*. Entonces sí que nos ponemos a recitar los preciosos y sublimes versos de aquel fraile agustino de la *Noche serena*.

*Morada de grandeza,  
templo de claridad y hermosura,  
el alma que a tu alteza  
nació, ¿qué desventura  
la tiene en esta cárcel baja, oscura?*

*El hombre está entregado  
al sueño, de su suerte no cuidando,  
y con paso callado  
el cielo vueltas dando  
las horas del vivir le va hurtando.*

*¡Ay! despertad, mortales;  
mirad con atención en vuestro daño;  
las almas inmortales,  
hechas a bien tamaño,  
¿podrán vivir de sombras y de engaño?*

*¡Ay! levantad los ojos  
a aquesta celestial eterna esfera;  
burlaréis los antojos  
de aquesa lisonjera  
vida, con cuanto teme y cuanto espera.*

*¿Es más que un breve punto  
el bajo y torpe suelo, comparado  
con ese gran trasunto,  
do vive mejorado  
lo que es, lo que será, lo que ha pasado?*

*Quien mira el gran concierto  
de aquestos resplandores eternals,  
su movimiento cierto,  
sus pasos desiguales  
y, en proporción concorde, tan iguales;*

*la luna cómo mueve  
la plateada rueda, y va en pos de ella  
la luz do el saber llueve,  
y la graciosa estrella  
de Amor le sigue reluciente y bella:*

*y cómo otro camino  
prosigue el sanguinoso Marte airado,  
y el Júpiter benino,  
de bienes mil cercado,  
serena el cielo con su rayo amado.*

*Rodease en la cumbre  
Saturno, padre de los siglos de oro;  
tras él la muchedumbre  
del reluciente coro  
su luz va repartiendo y su tesoro.*

*¿Quién es el que esto mira,  
y precia la bajeza de la tierra,  
y no gime y suspira  
y rompe lo que encierra  
el alma y de estos bienes la destierra?*

Aquí vive el contento;  
aquí reina la paz; aquí, asentado  
en rico y alto asiento,  
está el Amor sagrado,  
de glorias y deleites rodeado.

Inmensa hermosura  
aquí se muestra toda; y resplandece  
clarísima luz pura,  
que jamás anochece;  
eterna primavera aquí florece.

¡Oh campos verdaderos!  
¡oh prados con verdad frescos y amenos!  
¡oh riquísimos mineros!  
¡oh deleitosos senos!  
¡repuestos valles de mil bienes llenos!

¡Contardo Ferrini! ¡San Contardo algún próximo día! Ese hombre de la ciencia y de Dios fue víctima precisamente de la naturaleza bravía cuando, después de una proyectada excursión al Monte Rosa de que debió prescindir por su precaria salud, bebió el agua de un arroyo que debió de tener gérmenes nocivos, pues murió de tifo el 17 de octubre de 1902, a los cuarenta y tres años de su edad.

Había sido concejal del Ayuntamiento de Milán, intervino activamente a fines de 1901 en la campaña victoriosa contra la pretendida introducción del divorcio en la legislación italiana y se fue directamente a lo alto del cielo infinito desde las cimas de los Alpes después de haber brillado como un astro de la ciencia jurídica y de las letras clásicas, pues fue, al par que romanista de los mejores de Europa, helenista y latinista extraordinario, hebraísta, gloria de varias universidades italianas y ornamento de la Iglesia Católica que subió a los altares con la insignia de Caballero y su levita de sapientísimo doctor. Había aprendido y estudiado la ciencia de las leyes de manera tal, que hizo verdaderas las palabras de Cicerón, según el cual, porque así lo creyó firmemente, fue opinión de los más sabios que la ley no fue excogitada por los ingenios de los hombres, ni ha sido un docto decreto de los pueblos, sino *algo eterno para regir al universo mundo* con la sabiduría de mandar y de prohibir: "*Hanc igitur video sapientissimorum fuisse sententiam; legem neque hominum ingeniss excogitatem nec scitum aliqued esse populorum, sed aeternum quiddam, quod universum mundum regeret imperandi prohibendique sapientia*". (Cicer. *De legibus*, lib. II, c. IV).

Como que la propia ley natural la ha grabado Dios en las mentes de los hombres y es por eso ley eterna.

Cultivó Ferrini esa ciencia jurídica con que se rigen las relaciones entre los hombres y los pueblos del orbe y tuvo la gloria de ser un santo verdadero. He aquí su mayor preseña y el mejor galardón que ha querido otorgar Dios a los hombres y por eso le veneramos, pues ganó la verdadera inmortalidad.

De ahí que hubiese dicho el Pontífice Pío XII al beatificarle: "En un tiempo en que el mundo, separado de Dios, parece como que se hace impermeable a todo influjo divino; en un tiempo en que algunos sistemas filosóficos procuran deliberadamente edificar sobre la arena una moral y un derecho sin Dios, nos sirve de gran consuelo que el Señor haya dado a la Iglesia un beato que fue un maestro, una eminencia en el campo del Derecho, pero que, al propio tiempo, fue un hombre de Dios, un modelo admirable por la elevación sobrenatural de su espíritu y por la santidad de su vida".

*Dignum laude virum Musa vetat mori.  
Caelo Musa beat.*

Hor. Carm, Lib. IV, ode VIII).

### BIBLIOGRAFIA

Palabras de S. S. Pío XII en la beatificación de Contardo Ferrini.

Revista "Cristianismo". Contardo Ferrini.

*Il beato Contardo Ferrini Maestro ed indagatore del Diritto Romano.* Romae. Pontificium Athenaeum Antonionum. Conferencia pronunciada por el R. P. Félix Antonio Wilches, O. F. M., profesor de Historia del Derecho Canónico y Derecho Romano en los Ateneos Pontificios Antoniano y Lateranense. 1947.

*Rodolfo M. Ragucci, S. D. B. La amistad de dos grandes, el Padre Santo Pío IX y San Juan Bosco.* Buenos Aires. Editorial Don Bosco. M.CM.LX.VI.